

El retrato irónico de la historia del país

Historia de la caricatura en Colombia

BEATRIZ GONZÁLEZ

Villegas, Bogotá, 2021, tres tomos, 1.052 pp., il.

SE TRATA de una muy completa obra por la que va desfilando la historia del país en forma de imágenes con textos que las acompañan; imágenes sarcásticas que deforman o exageran los rasgos característicos de los dirigentes, mostrando la parte crítica, la otra cara del poder, desnudándolo. Una especie de tragicomedia, con pasajes divertidos y a veces dolorosos, de lo ocurrido a lo largo de doscientos años, desde las luchas intestinas por dar forma a la república, pasando por las guerras civiles del siglo XIX, la pérdida o robo del canal de Panamá, hasta las violencias de los siglos XX y XXI, todo mostrado con mordacidad y en forma descarnada.

Esta colección es el resultado de una iniciativa ambiciosa sobre ese particular género de expresión, la caricatura, que va a caballo entre lo artístico y la crítica política y social. Los tres tomos son producto de 35 años de labor de grupos interdisciplinarios en diversas regiones del país, liderados por la investigadora y artista plástica Beatriz González, una mujer para quien el humor y la ironía son recursos habituales en sus trabajos; todo con el apoyo irrestricto de la Subgerencia Cultural del Banco de la República. Una obra particular, única, pues, al decir de la autora, habla de “la historia de la caricatura, un tema tan despreciado por historiadores tradicionales” (t. I, p. 5). En buena parte es producto de las investigaciones regionales que se realizaron en ese lapso y que en varios casos produjeron exposiciones y publicaciones, así como de la sistematización de la información, realizada en 2004, que dio origen a la exposición “Historia de la caricatura en Colombia a partir de la Independencia”.

El título se queda corto, porque *Historia de la caricatura en Colombia* va más allá de lo que nombra. Comprende buena parte de la historia política del país, de la prensa, la persecución a la oposición e incluso el trasegar de las artes a través de varios pintores, porque

algunos caricaturistas han sido artistas que utilizan técnicas pictóricas tales como el óleo y la acuarela, y medios como la litografía y el grabado. Estos volúmenes llegan igualmente a abarcar productos recientes de la televisión y las redes sociales, pero también un recorrido por el arribo de las innovaciones tecnológicas en el campo de la impresión y la comunicación. Otro elemento que contribuye a su riqueza es que sitúan en el contexto mundial lo que ocurre en el país. Además, con toques del humor cáustico de Beatriz González, quien indica que “con la caricatura es posible hacer crítica de la historia, una historia crítica y también una historia de la opinión pública”, y llega a afirmar que este trabajo pretende “reconstruir el papel de la caricatura como fuente de primera mano y valorarla como la tercera dimensión de la historia” (t. I, p. 25).

Algo que se siente al ver la historia de Colombia reflejada en caricaturas, a lo largo de estas más de mil páginas, es lo cíclico que ha sido el devenir de la nación. Se observa cómo los que parecen hoy fenómenos particulares de la época se han repetido a través de varios períodos. Cuenta que, en tiempos de las disputas entre Bolívar y Santander, “el país estaba polarizado” entre dos sectores irreconciliables (t. I, p. 75). Se acusaba a los políticos en el poder, desde ese entonces, de usarlo para llenar sus arcas, tal como ocurrió en las primeras caricaturas contra Santander y los suyos. Él mismo despreciaba la caricatura, tal como lo señala en la primera referencia de un mandatario nacional a este arte: “Cuando yo veo anónimos y caricaturas que vienen del rencor y venganza de los eternos enemigos de este país y míos, repito aquel antiguo refrán vulgar: ‘al jugador perdido dejarle romper el naipe’ ” (t. I, p. 91).

Entre las varias caricaturas contra Santander cabe resaltar *El lechero o trabuco aprovechándose del tiempo* (t. I, p. 85), una litografía de 1834, en papel hecho a mano, que contiene dos elementos innovadores: está impresa en color y tiene globos mediante los cuales hablan los personajes. Sintetiza las críticas al gobernante, detallando aspectos puntuales de su tacañería, la suscripción de empréstitos oscuros y peculados, y lo sindicado de haber mandado asesinar y fusilar opositores. Esta

caricatura es un resumen del momento político que se vivía y de los personajes que intervinieron en él.

Cabe anotar que la *Historia de la caricatura en Colombia* se configura también como la historia de la persecución contra los caricaturistas y los medios en que publican. El peligro que significan las caricaturas para quienes abusan del poder consiste en que son como saetas disparadas con fuerza y certeza, en forma directa, precisa; alcanzan generalmente a un público amplio, y frente a ellas las protestas y aclaraciones suenan un tanto ridículas. Una constante que se palpa desde los inicios de esta historia es que, entre más autoritarios son los gobernantes, menos sentido del humor tienen, menos soportan el humor. El poder que busca perpetuarse y manejarlo todo a su antojo no aguanta el humor.

Los tres libros muestran que, con el paso del tiempo, cambian los soportes en que viajan las imágenes, pero la esencia de la caricatura se mantiene como gran pilar de la crítica, pues la mejor caricatura generalmente se hace estando en la oposición política. Todo esto mediante obras que en varios casos se pueden considerar, en sí mismas, piezas de arte, y que inicialmente se divulgaban como trabajos en series limitadas, en grabados y litografías, hasta llegar a las revistas, los periódicos y los medios electrónicos.

Es fundamental destacar que se trata de una iniciativa de calidad en la que, además de aprender de la historia de la caricatura, sus principales exponentes, los medios que han utilizado y la accidentada historia del país, es un goce pasearse por sus páginas. Pues en sí es una obra de gran belleza, a las claras realizada con esmerado trabajo editorial y de impresión. Los tomos de lujo, profusamente ilustrados con imágenes en color, con tapa dura recubierta en tela, vienen dentro de una caja de las mismas características. Además del valioso material que reproduce, lo hace en forma impecable, pues la impresión de cada imagen es detallada, nítida, sobre papel de excelente calidad y en una imprenta que deja ver su profesionalismo. Su diseño es sobrio, esmerado, da espacio a las imágenes para que respiren y se puedan apreciar en su totalidad. Se echa en falta el que no se indiquen las características

HISTORIA		RESEÑAS
<p>técnicas de la edición, ni el tipo de papeles empleados ni la imprenta donde se realizó (fue impresa por Artes Gráficas Palermo, en Madrid, España, me cuenta su coordinador editorial).</p> <p>Baste señalar que durante una década los editores buscaron patrocinio para poder publicarla, pues su costo fue bastante elevado. Este es un producto de Villegas Editores que, en un país con tradición de buenos editores, se especializó en publicaciones de tapa dura. Empresa a cuya cabeza está el veterano editor Benjamín Villegas, uno de los pioneros en la publicación continuada de libros de gran formato en el país, ahora acompañado por el editor Juan David Giraldo, y un equipo muy profesional.</p> <p>El primer tomo <i>Independencia-1860</i>, se remonta a la época precolombina, rastreando la presencia de la risa, la inocencia y la malicia en objetos de las culturas indígenas. Afirma la autora que “el demonio llegó al actual territorio colombiano, con el descubrimiento de América” (t. 1, p. 16), y que los objetos indígenas fueron considerados ídolos del diablo, por lo cual, citando a Roberto Pineda, agrega que “en cuanto tales fueron sistemáticamente destruidos, exorcizados, fundidos y confiscados”. En el contexto histórico, Beatriz González se remonta al arte asirio y egipcio, pasa por Da Vinci, Lucas Cranach el Viejo, y aterriza los orígenes en Annibale Carracci, creador de la palabra “caricatura”, por entonces definida como “un arte que ataca a la figura humana y que apunta a divertir” (t. 1, p. 24).</p> <p>Es así como la escritora va narrando la historia de la caricatura y la del país, en una obra salpicada de atractivas anécdotas que la alejan de un acartonado libro de historia. Al contrario, es además un trabajo pleno de imágenes que incluyen algunas de las piezas claves de los principales caricaturistas a lo largo de dos siglos, mostrando su contexto histórico, para hacerlas comprensibles hoy en día. Aquí, en la caricatura, se ven reflejados en forma directa los agudos conflictos sociales y políticos que atraviesa la nación; esas continuas luchas entre caudillos, entre representantes de intereses económicos y sociales opuestos, que durante mucho tiempo no se han enfrentado solo en la lucha política legal, sino a</p>	<p>través de la violencia y las armas. Conflictos que se remontan precisamente a los albores de la república, que hoy en día siguen vigentes y, habría que agregar, han sido gran obstáculo para la consolidación de la nación y de un armónico desarrollo social y económico.</p> <p>Relata Beatriz González que las primeras gráficas críticas llegaron al Nuevo Reino de Granada con José Celestino Mutis, mediante una colección de su propiedad que mostraba las desgracias de un soberano. Añade que los pasquines satíricos, fijados en lugares públicos y leídos en forma colectiva, en tiempos de las luchas de Independencia, son considerados como antecedentes de la caricatura (t. 1, p. 34).</p> <p>Se expone la autora en el trabajo de algunos de los exponentes de la caricatura y de los medios que se crearon en el siglo XIX para difundirla. Destaca el trabajo de José María Espinosa, a quien califica como “el padre de la caricatura en Colombia”, gran artista, retratista de las luchas de Independencia, quien en su obra <i>Memorias de un abanderado</i> habla de las caricaturas que realizó entre 1813 y 1817, hoy desaparecidas. Indica que Espinosa, además de pasar a la historia “como el abanderado, la memoria de la patria, el pintor de Bolívar y el realizador de la iconografía de los próceres”, fue además “el primero en practicar, como ocupación, la caricatura en el país” (t. 1, p. 49). Fue también un gran cronista que retrató a los pobladores de Bogotá, buscando mostrar el carácter de cada uno (t. 1, p. 123). Allí están reflejadas todas las condiciones, todos los oficios y en especial los locos de la ciudad, a través de la exageración de sus rasgos particulares. Las reproducciones que incluye el libro dejan ver la calidad de su trabajo, y por qué, al revisarlo en 1976, Beatriz González posiblemente tuvo los primeros destellos de la importancia de la caricatura en la historia del arte en el país. En cuanto a otros artistas de la época, relacionados con la caricatura, pondera a José Manuel Groot, Francisco Mancera y Ramón Torres Méndez.</p> <p>Del segundo tomo, que abarca de 1860 a 1936, es necesario resaltar lo que la autora nombra como la edad de oro de la caricatura en Colombia, entre 1870 y 1930, con figuras sobresalientes</p>	<p>como Alberto Urdaneta, Pepe Gómez y Ricardo Rendón. Se habla también, en detalle, de las publicaciones en las que aparecieron sus obras.</p> <p>Alberto Urdaneta, quien muy joven fue guerrillero conservador, valoraba la caricatura como un arma. Se indica que fue un excelente dibujante y un buen escritor, de lo cual dan fe sus caricaturas, plenas de sentido y con acabado artístico. Se podría considerar a Urdaneta como el primer gestor cultural, pues, luego de sus aventuras juveniles y una estancia en Europa, tuvo a su cargo la fundación de la Escuela de Grabado y organizó concursos entre sus alumnos. De allí salieron algunos de los más destacados caricaturistas de la Hegemonía Conservadora, con el proyecto político de la Regeneración, y una de las publicaciones más importantes de entonces, el <i>Papel Periódico Ilustrado</i>, en el que “colaboraron personalidades de todas las tendencias políticas para escribir sobre temas patrimoniales, históricos y literarios” (t. 2, p. 36).</p> <p>En un texto sobre los dibujos de Urdaneta, Ricardo Rivadeneira escribe: “La caricatura es una forma de quebrar el ‘yo’ de la otra persona, de ahí su contundencia política [...]. Los mejores retratos son aquellos que logran captar el aura que habita en el individuo”. Y la autora señala: “Solo a partir de Urdaneta, la caricatura, que ya existía en el país, obtuvo su carta de presentación” (t. 2, p. 38).</p> <p>De esta época la caricatura más destacada es de otro autor, Carlos Dornheim. Se trata de <i>El Mesías de Los Chancos</i> que, como la ya mencionada sobre Santander, se constituye en una crónica completa sobre el momento político y social. <i>El Mesías</i> se refiere a la derrota de los conservadores en la denominada “guerra santa” de Los Chancos, en el Cauca, donde fanáticos guerreros seguían a un mesías criollo, pero finalmente fueron derrotados. Una sola caricatura, de gran calidad, narra con lujo de detalles los sucesos políticos de la época; impresiona la riqueza de los dibujos y la calidad de la litografía en que se plasmó, así como la cantidad de personajes y situaciones que relata, y el significado de cada uno.</p> <p>De este período es también Alfredo Greñas, “el caricaturista más idóneo que ha existido en el país” (t. 2, p. 91), quien fundó más de diez periódicos</p>

RESEÑAS		HISTORIA
<p>entre 1885 y 1892, y durante cinco años fue gran opositor del presidente Núñez. De Greñas se afirma que era “una especie de francotirador que, en lugar de usar armas, fundaba periódicos” (t. 2, p. 94). La época de la Regeneración fue muy difícil para la libertad de prensa, pues veinte publicaciones fueron cerradas o suspendidas, y sus directores puestos en prisión o desterrados. <i>El Zancudo</i> fue la publicación más destacada de Greñas: “[...] se anunciaba con grabados coloreados en acuarela que, al ser colocados en las esquinas, eran destruidos por la policía” (t. 2, p. 99). Sindicado de un delito, cuenta la autora, Greñas fue hecho prisionero en el Panóptico de Bogotá, llevado a las bóvedas de Cartagena y finalmente sometido al destierro. Se estableció entonces en Costa Rica, en donde es considerado el padre del periodismo.</p> <p>Pepe Gómez, gran caricaturista, también muy activo, fue un acérrimo opositor de la intervención estadounidense para apropiarse del cruce transatlántico por Panamá, donde se construiría el canal. Señala la autora que fue “el forjador del apogeo de la caricatura a partir de la década de 1910” (t. 2, p. 188). Hermano del caudillo ultraconservador Laureano Gómez, el caricaturista tuvo muchas oscilaciones políticas; de conservador pasó a liberal de izquierda, elogió luego el socialismo, para terminar al lado de su hermano en <i>El Siglo</i>, en la derecha simpatizante del fascismo.</p> <p>Para cerrar este tomo viene el legendario Ricardo Rendón, considerado por muchos como un de los más grandes caricaturistas del siglo xx. Formó parte del grupo literario y movimiento cultural Los Panidas, integrado por trece jóvenes antioqueños expulsados de la universidad por subversivos, pues, al decir de una reseña sobre ellos, se comportaban en forma extraña y leían libros de autores como Nietzsche y Baudelaire. Entre ellos se contaban también León de Greiff y Fernando González. Tuvieron el apoyo de figuras como el escritor Tomás Carrasquilla y Fidel Cano, fundador de <i>El Espectador</i>. Indica Beatriz González que lo que Rendón logró “por medio de su arte es [...] que la caricatura fuera reconocida, aceptada, que tuviera status” (t. 2, p. 253).</p> <p>En Bogotá, Rendón fue colaborador de <i>El Espectador</i>, <i>La República</i>,</p>	<p><i>El Tiempo</i> y <i>Cromos</i>. Duro analista de la Hegemonía Conservadora, se enfocó contra los gobiernos de comienzos del siglo xx, hizo fuerte hincapié en la denuncia de la masacre de las bananeras, fue crítico constante de la intervención extranjera en el país y presentó a las figuras del liberalismo. Rendón se suicidó a los 37 años, luego de sostener altercados con su casero y con el director de <i>El Tiempo</i>. Una explosiva carta que revela la autora aporta pistas sobre las razones de su temprana muerte (t. 2, p. 248). La influencia del estilo de Rendón, incluso de su vestimenta y su forma de vida, se mantuvo por muchos años entre sus sucesores. (Añoré que el libro desarrollara más la figura de Rendón y su obra, dada su importancia.)</p> <p>Precisamente, el tercer tomo, que se ocupa del período entre 1936 y 2020, comienza señalando que fue tan grande el influjo de Rendón que, luego de su muerte, los periódicos comenzaron a buscar con afán a sus sucesores, pues fue el que más escuela dejó, muchos se inspiraron en él.</p> <p>Otro personaje importante en el mundo de la caricatura es Adolfo Samper, el caricaturista de la década de los cuarenta. En relación con la obra de Samper, en un reportaje el ensayista Hernando Téllez da claves sobre el sentido de la caricatura:</p> <p style="padding-left: 40px;">La función social de la caricatura consiste en poner en solfa una situación, en presentar el lado flaco de un orden establecido, en hallar dentro de lo solemne, lo ridículo; dentro de lo trascendental, lo vano; dentro de lo serio, lo cómico... Es el golpe de alfiler que desinfla la bomba del prestigio y es [...] el benéfico hilo de humor que alivia la tensión de una atmósfera social y política. (t. 3, p. 82)</p> <p>En la cargada atmósfera de violencia de los años cuarenta, refiriéndose a la represión de la prensa bajo el gobierno de Ospina Pérez, dice el propio Samper: “La caricatura política ha muerto en manos de la censura” (t. 3, p. 92). Por su parte el diario <i>El Siglo</i>, que no contaba ya con el concurso de ese gran caricaturista que fue Pepe Gómez, apuntó sus baterías contra los liberales calificándolos de comunistas, a través de las caricaturas que muestra</p>	<p>la autora, ramplonas, de baja calidad creativa e intelectual.</p> <p>Los ataques contra la prensa liberal no fueron solo de palabra, las instalaciones de <i>El Espectador</i> y <i>El Tiempo</i> fueron quemadas. Y nuevamente, ahora bajo la dictadura de Rojas Pinilla, fueron clausuradas. Incluso al llegar la caricatura por primera vez a la naciente televisión, de la mano de Gloria Valencia de Castaño y su programa <i>El Lápiz Mágico</i>, los caricaturistas Merino y Chapete crearon a José Dolores como arquetipo del colombiano, pero el programa fue cerrado por el representante del gobierno (t. 3, p. 121).</p> <p>Al tiempo que van desfilando por las páginas los caricaturistas de la época, la autora hace una merecida mención a la artista Débora Arango, a quien compara, en sus dramáticos trabajos sobre la Violencia, el asesinato de Gaitán y la dictadura de Rojas, con los alemanes Otto Dix y George Grosz, que unieron “el expresionismo con la caricatura” (t. 3, p. 148) para mostrar lo que pasaba en sus países.</p> <p>De aquí en adelante vienen los tiempos cercanos, comenzado con Antonio Caballero y la revista <i>Alternativa</i>, donde el columnista creó secciones y personajes agudamente críticos y mordaces, los cuales siguió desarrollando luego en la revista <i>Semana</i>.</p> <p>El libro acude luego a otros escritores para desarrollar algunos temas recientes. En cuanto a Osuna, textos de Daniel Samper Pizano y Miguel Escobar Calle hablan de su trayectoria. Desde los años sesenta, Osuna ha construido una iconografía propia del país y de sus personajes, con rasgos característicos; tuvo su apogeo en los años ochenta bajo los gobiernos de Turbay Ayala y Belisario Betancur, cuando creó arquetipos artísticos, críticos y fácilmente identificables. Es sin duda un maestro de la caricatura y un cronista de años muy difíciles de estos tiempos.</p> <p>Ya muy cerca al momento actual, con hechos sobre los cuales apenas se comienza a vislumbrar la historia, vino una nueva generación de caricaturistas, en la que se destaca Naide, Guerreros y Mico, hasta que llega el auge del dibujo de humor, cuando docenas de caricaturistas emergieron en todo el país, creando además asociaciones y agremiaciones. En ese dibujo de humor vale la pena nombrar</p>

HISTORIA		RESEÑAS
<p>a Garzón, León Octavio, Unomás, Federmán Contreras, Grosso, Calarcá, Jarape, Ari y Yayo.</p> <p>Se abordan luego los fotomontajes, de los que hicieron uso Al Donado y Paloma Méndez, entre otros, y que fueron profusamente utilizados por Eduardo Arias y Karl Troller en publicaciones satíricas como <i>Chapinero</i>, <i>Semama</i> y <i>El Trompo</i>, estos dos últimos parodias de los medios a los que hacen referencia.</p> <p>Y luego otra generación de caricaturistas, entre los cuales se destacan Matador, Betto, Vladdo, Mheo, Turcios, Picho y Pucho, Bacteria, y después de la existencia en este campo, casi en solitario, de Consuelo Lagos, comenzaron a emerger mujeres caricaturistas como Elena Ospina y Nani.</p> <p>Y vienen los apartes sobre la caricatura en tiempos de Uribe, Santos y Duque, en los que se ha destacado Matador, quien ha sido un constante crítico del poder, usando ahora para difundir sus trabajos, además de la prensa, los medios electrónicos.</p> <p>De allí el camino conduce a la caricatura sin pluma ni papel (escriben Eduardo Arias y Juan David Giraldo), en donde se hace énfasis en ese gran humorista que fue asesinado, Jaime Garzón, y en los programas de televisión <i>Zoociedad</i>, <i>¡Quac! El Noticero</i>. Más adelante, están Santiago Moure y Martín de Francisco con <i>El Siguiente Programa</i> y <i>La Tele Letal</i>; Antonio Morales con <i>Café Picante</i>; Daniel Samper Ospina y Alejandro Riaño como “Juanpis González”, quienes desarrollan ahora su labor básicamente en redes sociales. En tiempos recientes, tanto Matador como Samper Ospina y Riaño han sido amenazados de muerte.</p> <p>Queda de este libro, de esta labor titánica, el haber hecho un recorrido refrescante por la historia de Colombia a través de imágenes y artistas de gran valía, pero a la vez el sabor un tanto amargo de muchos momentos de censura que ha vivido en el país el pensamiento crítico y en especial los caricaturistas, quienes han sido perseguidos, amenazados, asesinados u obligados a marchar al exilio o la muerte. Asimismo, estas páginas son la muestra de que, por más que los poderes erigidos como autoritarios la emprendan contra algo que temen en demasía y que les queda imposible atajar, el humor y sus cultores siempre</p>	<p>sobreviven para entregar esas necesarias gotas diarias de ironía y sarcasmo, que hacen posible soportar los continuos vejámenes y baños de sangre a que es sometido el país por parte de quienes buscan imponer sistemas autoritarios y corruptos.</p> <p style="text-align: center;">Guillermo González Uribe</p>	